

VIII.

Sayda Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—Hé aquí nuestra hija Gabriela de Portugal, dijo Sayda Mirian con un acento tal, que se comprendia claramente que no dudaba, que creía, como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

Sayda Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más régia, por decirlo así, que nunca.

Se la habian quitado del alma dos pesos enormes. El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no; el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastian.

Aquellas dos terribles dudas la habian agoviado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban trasportados de alegría, de entusiasmo.

Habian ido á buscar á don Sebastian, y no solo le habian encontrado, sino que habian encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer, tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje pátrio, esto es, en el más correcto y puro portugués.

IX.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron tambien la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda Mirian, como no podia encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podia muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda Mirian, fuese un varon en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra, dijo Sayda Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de cómo debia de hablar y tratar á los portugueses, por lo que te he oido, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillen de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra majestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra majestad nuestro amor y nuestro agradecimiento; Guillen de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra majestad por su esposo el rey nuestro señor; sabemos que sin vuestra majestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos caimos el terrible dia 4 de agosto de 1574; todos sabemos que vuestra majestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal, que ha sabido esto con enternece-

miento, ama á vuestra majestad, señora, y enloquecerá de alegría al verla sobre su trono, enriquecida con todas las dotes que el Altísimo puede dar á una dama: virtud, valor, grandeza y hermosura.

—¡Ah! no más, caballero, no más; ¡yo me siento morir de felicidad! dijo Sayda Mirian dejándose caer con su hija en los brazos sobre un sillón. ¡Yo no sabía lo que era ser feliz!

Y rompió á llorar; pero con un llanto de alegría, de placer, sonriendo al mismo tiempo, con una sonrisa que iluminaba su hermosura, con algo de divino, y besando á su hija con un amor inmenso.

Sayda Mirian era un poema que exhalaba de sí una fragancia deliciosa, y envueltos en la atmósfera mágica que rodeaba á Sayda Mirian los tres nobles portugueses reventaban, por decirlo así, de orgullo y de entusiasmo.

—La conocéis y la admiráis, dijo Gabriel de Espinosa señalando á Sayda Mirian; comprendéis con cuanta razón la amo, con cuanta razón he puesto sobre su cabeza la corona que de derecho me pertenece, y que podrá convertirse en la corona del martirio; pero sin dejar jamás de ser la corona de mis padres y de mis abuelos: la corona de Portugal. La conocéis, conocéis á mi hija, sabéis que en las entrañas de mi esposa, porque hartos claro se deja ver su estado, hay otro hijo mio, que verá pronto la luz, y que ó me engañan las señales que tengo, ó será príncipe. Pues bien, caballeros, puesto que sois diputados de mi reino de Portugal, puesto que mi reino os ha dado amplios poderes para todo, jurad sobre la espada de vuestro rey, por vuestro honor y por vuestra

alma, en nombre de mi reino de Portugal, lo que vuestro rey os vá á decir.

Y Gabriel de Espinosa desnudó la indudable espada del rey don Sebastian, y presentó su brillante y ancha hoja á los tres nobles, que cruzaron sobre la espada real sus tres espadas desnudas.

—¿Reconocéis y juráis por reina vuestra á mi esposa doña María de Souza? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí; la reconocemos y la juramos por nuestra reina, ante Dios, ante la Santa Virgen María, ante San Dionisio, nuestro patron, y en nombre del reino de Portugal, por nuestro honor y sobre nuestras armas, dijo el duque de Coimbra, cuyas palabras iban repitiendo inmediatamente los otros dos nobles.

—¿Reconocéis y juráis del mismo modo por vuestros príncipes á mis dos hijos, sus altezas la princesa doña Gabriela y el infante que ha de nacer, mediante Dios?

Los tres nobles juraron solemnemente.

—¿Juráis, añadió Gabriel de Espinosa, cuya voz se hacia á cada momento más solemne, si yo muero antes de llegar á Portugal ó en la demanda de mi trono, sostener con las armas hasta morir, los derechos de la reina mi viuda y los de los dos príncipes mis hijos?

Los tres magnates otorgaron con entusiasmo aquel juramento.

—Miradlo bien, repitió Gabriel de Espinosa acreciendo en solemnidad; mirad que una desgracia cualquiera puede hacer que yo muera ahorcado como un impostor, á manos de mi tío el rey don Felipe.

—Vengaremos á vuestra majestad, y pondremos en

el trono á aquel de vuestros hijos á quien el trono corresponda, ó Portugal quedará reducido á sangrientos escombros.

—Que Dios premie vuestra lealtad si así lo haceis; y si no lo hiciéreis, que Dios os maldiga por vuestra cobardía y por vuestra traicion.

—Amen; dijeron los tres nobles, dando á aquel amen la fuerza de un solemnísimo juramento.

Gabriel de Espinosa retiró su espada y la envainó.

Lo mismo hicieron los tres nobles.

—Escuchad ahora, dijo Gabriel de Espinosa: nadie nos oye; nadie sabe que vosotros conoceis al pastelero de Madrigal; vivís en su casa, como por casualidad, como huéspedes que pagan su posada; cuando me encontráreis con mi humilde, pero necesario disfraz de hombre comun y villano, miradme como miraríais á vuestro huésped el pastelero: ni más ni menos; tratadme con altivez; yo daré ocasion á que delante de todo el mundo me trateis con desprecio; es necesario engañar á mi tío el rey de España, que tiene ojos y oídos en todas partes. Del mismo modo, cuando encontráreis á la reina disfrazada con el humilde traje de labriega castellana, con la princesa doña Gabriela humildemente vestida en los brazos, guardáos de rendirla la más leve demostracion de respeto; ni aun siquiera llevéis las manos á vuestros capacetes; obrad como obraríais si solo supiéseis que era la hermosa nodriza de la hija de un pastelero, tal vez la manceba de un pastelero. Es necesario pasar ese triste camino; es necesario mentir; es necesario que el rey crea que solo habeis venido para tomar por intercesora

con él, á mi prima doña Ana de Austria; os dirá que está destinada á ser mi esposa; guardáos de hacerla comprender que yo la engaño, como por necesidad lo hago. Lo que sucede es inevitable: así lo ha querido Dios; me he visto abandonado por Venecia y por Francia; se me han cerrado las puertas de Inglaterra; no he podido esperar en un reino amigo á que Portugal se prepare para el combate, y ha sido una fortuna que fray Miguel de los Santos haya podido seducir, engañar, á doña Ana de Austria, á fin de que sin que el rey de España pueda sospechar, pudiérais venir á reconocerme, para volver á testificar á los portugueses que su rey vive, y está dispuesto á morir, no solo por recobrar su corona, sino tambien por volver á su pátria su perdida libertad; que lo que ha sucedido aquí, quede guardado profundamente en vuestra conciencia; que nadie lo sepa hasta que volváis á Portugal; toma mi espada y guárdala, duque de Coimbra; en mi poder la espada de los reyes de Portugal es un peligro; guárdala tú, noble descendiente de los heroicos duques de Coimbra; guárdala para entregarla á tu rey, desnuda y pronta á herir cuando tu rey pise armado la querida, la suspirada playa de Lisboa.

—¡Ah, señor! dijo el duque de Coimbra con las lágrimas en los ojos tomando la espada y besándola en la cruz, donde estaban esmaltadas las armas de Portugal; Dios quiera que no tarde el día en que yo devuelva á vuestra majestad esta arma sagrada, para que en las manos de vuestra majestad sea la espada terrible como el rayo de la pátria esclava, que rompe sus cadenas y se levanta para combatir.

—Guárdala, y sé prudente; como desaparece esa espada en tus manos, los trajes que vestimos desaparecerán también; nada nos quedará, sino lo que buenamente puede pertenecer á un villano.

—Por lo mismo, mis buenos amigos, dijo Sayda Mirian levantándose y dejando en la cuna á la pequeña Gabriela que se había dormido, para en el caso de que sobrevenga un registro fortuito, la reina va á daros algunas alhajas que valen muy poco para lo que somos, pero que causarian sospechas encontradas en poder de unos pobres villanos.

Y Sayda Mirian se acercó á una arca de pino, la abrió, sacó un cofrecito de oro labrado con arabescos esmaltados, y le llevó sobre la mesa y le abrió.

—Aquí están, amigos míos, las ajorcas y las arracadas que yo tenía sobre mí cuando encontré casi cadáver en Alcázar-Kivir al rey, mi señor; aquí están también la gargantilla, la cruz de oro, las arracadas y los brazaletes que yo llevaba puestos el día en que me desposé en Africa con vuestro rey; aquí está la cruz que pendía del cuello de mi primer hijo muerto; aquí la cruz de mi hija doña Gabriela; toma tú, duque de Coimbra, esta es la cruz mía; toma tú, marqués de Almeida, la cruz de mi pobre hijo don Sebastian, que si viviera seria ya mozo y capaz de combatir al lado de su padre; toma tú, conde de Novoa, la cruz de mi hija doña Gabriela; ponedlas pendientes de vuestro cuello sobre vuestro corazón, y que ellas os alienten, recordándoos que yo os las doy, para servir lealmente hasta morir á vuestro rey.

Necesario es conocer el carácter especial, el orgullo y el entusiasmo de los portugueses, para comprender el efecto que causó en los tres magnates este tierno y hermoso rasgo de Sayda Mirian.

Toda su alma, toda su sangre eran de Gabriel de Espinosa y de su familia.

La bravura ardía en sus nobles semblantes; las lágrimas asomaban á sus ojos: estaban trasportados; besaron las cruces que Sayda Mirian les había dado, y las guardaron en su pecho sobre su corazón.

XI.

—Toma estas pobres alhajas, Coimbra, dijo Sayda Mirian, y guárdalas; no te las regalo porque son testigos de dos horas de felicidad inmensa de vuestra reina; las unas estaban sobre mí en el momento en que volví á la vida vuestro rey; las otras me recuerdan el momento más venturoso de mi vida: aquel en que enamorada, loca, fui su esposa en cuerpo y en alma. Por eso no te las doy; por eso no las he vendido, aunque bien sabe Dios cuán pobres y cuán necesitados estamos.

—Vuestras majestades, señora, dijo el duque de Coimbra poniendo bajo su brazo junto á la espada real que antes le había entregado Gabriel, el cofrecillo que Sayda Mirian le había dado, vuestras majestades no son pobres, desde el momento en que el reino de Portugal re-

presentado por nosotros, grandes del reino, elegidos por todos los grandes, hemos reconocido á vuestras majestades y les hemos rendido pleito homenaje, como nuestros señores naturales, en nombre de Portugal. Yo venia prevenido de algun dinero que se ha recogido voluntariamente, y por lo pronto, voy á entregar á vuestras majestades dos mil doblas de oro que me han sido entregadas.

—No me las entregueis, dijo Gabriel de Espinosa; dadlas á fray Miguel de los Santos, que en su poder no nos traerán un quebranto; no quiero tener en mi casa nada que cause sospechas.

—Mañana mismo recibirá fray Miguel de los Santos esa cantidad, dijo el duque de Coimbra.

—Yo, dijo Gabriel de Espinosa, por mi voluntad no me separaria de vosotros; teniéndoo á mi lado, me parece que me rodea todo mi reino de Portugal. Esta humilde estancia me parece la cámara real de mi palacio de Lisboa; este humilde suelo, la grada más alta de mi trono; pero es necesario ser prudentes, es necesario abreviar. Tomad una carta que he escrito antes de que viniérais, para que la guardéis y la mostreis en Portugal cuando volvais, á mis grandes y á todos mis leales portugueses que estuvieren en el secreto y se acercaren á vosotros.

Y sacando de su ropilla una carta doblada, pero sin cerrar, la entregó al duque de Coimbra, que instintivamente desdobló la carta, se acercó á una luz, y la examinó.

—¡Ah! ¡Señor! dijo; los altos dignatarios de Portugal,

que conocen vuestra escritura, no podrán ni aun dudar de lo que les diremos, cuando vean esta carta de vuestra majestad.

—Por eso la he escrito, dijo Gabriel; bueno es que á más de vuestro dicho, que vale cuanto puede valer, porque nadie puede dudar de vuestro honor y de vuestra lealtad, lleveis con vosotros una prueba indudable. Ahora volvéos á vuestro aposento; olvidáos mientras esteis en España de que me habeis visto, de que me habeis hablado esta noche; pero recordadlo todo sin perder lo más mínimo cuando volviéreis á Lisboa, que será pronto, porque el rey don Felipe, por la intervencion de doña Ana de Austria, tardará menos de lo que acostumbra en despachar los asuntos aparentes que habeis tomado por pretesto para venir á Castilla. Aconsejáos con fray Miguel de los Santos acerca de lo que debeis hacer cuando habeis con doña Ana de Austria, y adios.

Los tres magnates besaron las manos á Gabriel de Espinosa, y se volvieron silenciosamente á su habitacion.

Nadie podia saber que en la pastelería de Gabriel de Espinosa habia sido reconocido en la noche del 4 de setiembre de 1578 el rey don Sebastian de Portugal, en la persona de Gabriel de Espinosa, por una diputacion de la alta nobleza del reino de Portugal.

XII.

—¡Oh! exclamó Sayda Mirian, arrojándose delirante de alegría en los brazos de Gabriel de Espinosa, resplan-

decientes la mirada y el semblante, apenas salieron los tres magnates; ya no puedes mantenerme en la horrible incertidumbre de si eras Gabriel de Espinosa ó don Sebastian de Portugal, rey mio; ya no tiemblo; ya no dudo por tu amor; ya no me extremezco por el porvenir de mis hijos; ¡qué feliz soy!

Y en los ojos de Sayda Mirian lució un ardiente relámpago de pasion, y su boca, contraida por el amor, estampó un hambriento beso en la boca de Gabriel.

—Yo tambien soy feliz, dijo Gabriel de Espinosa; porque al fin he vencido mi locura; porque he cumplido con mi amor y con mi deber, partiendo mi trono con mi ángel salvador, con mi alma, con la madre de mis hijos.

—Has dicho mi trono, dijo Sayda Mirian, siempre con los brazos echados al cuello de Gabriel, sonriéndole y mirándole con la embriaguez de la locura de la mujer de alma poética y de gran corazon enamorada y feliz.

—Si, dijo Gabriel gravemente; hé dicho mi trono, no porque el trono de Portugal haya sido mio, que eso Dios y yo lo sabemos, sino porque he hecho mi última prueba, y ya le tengo por mio.

Ocultóse bajo una nube de tristeza la radiante alegría de Sayda Mirian.

—Esos nobles, dijo, han palidecido al verte; sus miradas se han extraviado, ha pasado por ellos algo terrible, y han caido de rodillas á tus piés; yo los observaba, los observaba con ánsia, queria saber lo que pasaba por ellos; y ni un solo momento han vacilado, ni un solo

momento han dudado, y es que no podian dudar, es que tú eres el rey don Sebastian.

—Si yo no hubiera sabido que la duda era imposible, que necesariamente debian creerme su señor el rey don Sebastian, yo no me hubiera expuesto á la vergüenza ni al peligro de que me reconociesen impostor.

—¿Pero por qué tenias esa seguridad, sino porque eres don Sebastian? dijo anhelante Sayda Mirian.

—Porque desde el momento en que volví á la vida, tú me trataste como rey; porque tú me dijiste que sobre el campo se habían encontrado dos cadáveres exactamente iguales y heridos por casualidad en las mismas partes del cuerpo; tú me dijiste que la herida de la mano del otro era trasversal, mientras que la mia es recta; hoy solo se acuerdan de una mano herida, de una cabeza y de un pecho heridos; el rey don Sebastian tenia dos lunares de sangre sobre el hombro derecho, y yo tengo la cicatriz de una bala en el mismo lugar donde tenia los dos lunares el rey don Sebastian. Además de eso, don Sebastian, siendo infante, recibió en una aventura amorosa una larga herida en la parte anterior del brazo derecho.

—Tú tambien tienes la cicatriz de esa herida, dijo Sayda Mirian.

—Yo sabia la aventura del príncipe don Sebastian por la misma dama por quien don Sebastian riñó, matando á un hidalgo imprudente, que enamorado de la dama habia provocado á don Sebastian. Desde que ví en Africa que los cautivos portugueses que habian conocido al rey don Sebastian me tomaban por él, me preparé para el

dia en que me fuese posible presentarme como su rey á los portugueses. Entonces, yo mismo me hice esa herida cuya cicatriz tengo en el hombro.

—No, no; desde que estás á mi lado no has estado nunca herido.

—Yo me hice esa herida durante una de mis expediciones marítimas, y no volví á Túnez sino cuando la herida estuvo cicatrizada.

—Yo te he visto siempre esa cicatriz, dijo Sayda Mirian.

—Tú no puedes jurarlo, dijo severamente Gabriel.

Sayda Mirian vaciló.

—Además, antes de ir á Africa, sabia yo que me parecia completamente al rey don Sebastian, y el rey don Sebastian lo sabia tambien: lo sabia todo el que nos conocia á los dos; solo nos diferenciábamos en la voz y en que él era rey y yo soldado.

—Pero si eso es cierto, dijo Sayda Mirian, tú eres un impostor, y yo no quiero que seas impostor; te quiero mejor pobre pastelero, que rey infame. Pero esto no es verdad, no; tú eres el rey don Sebastian; á más del reconocimiento de tus vasallos, á más de las señales que tienes sobre tu cuerpo, en tu mirada, en tu semblante, en tus palabras, en todo lo que haces, en todo lo que dices, aparece la majestad de un rey.

—¿Y qué un soldado español no vale tanto como un rey?

—No, no y cien veces no; no puedes engañarme, di lo que quisieres; pero tú eres indudablemente para mí el rey don Sebastian.

—No lo he dicho yo sino á los que ha sido necesario decirselo; ellos lo han oido, nadie más lo oirá; te lo repito, María, Dios y yo sabemos solamente quién yo soy.

—Y yo tambien, dijo Sayda Mirian.

—Si así lo crees, inútil será que yo me esfuerce en probarte lo contrario.

—¿Pero y esa carta que has entregado al duque de Coimbra, y en la cual ha reconocido la escritura del rey don Sebastian?

—Tú no me has visto escribir esa carta; esa carta, pues, puede haber sido falsificada.

—Quiera Dios que estemos pronto sobre el trono de Portugal.

—Entonces, como ahora, solo Dios y yo sabremos si soy ó no don Sebastian de Portugal, el impostor ó el rey.

Y despues de esto, la conversacion fué terminando, porque Gabriel de Espinosa se recogió al lecho, y á poco se durmió.

XIII.

Sayda Mirian se quitó su traje de dama, tomó el de caballero que se habia quitado Gabriel de Espinosa, y se puso á cortar aquellos dos trajes en pequeños pedazos con unas tijeras.

Antes del amanecer, Gabriel de Espinosa se levantó, tomó aquellos pedazos que estaban envueltos en un paño, bajó al huerto, puso piedras en el paño, ató sus puntas y arrojó el envoltorio al pozo de la noria.

Nada quedaba ya que en un registro pudiera hacer sospechoso al pastelero de Madrigal.